



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Resistencia a la Guerra del Paraguay e identidad federal: los desbandes de Basualdo y Toledo

Mónica Alabart (UNGS-UBA)

“Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos dejaba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por divertirnos. Ni por miedo a pelear, como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya no se mandaba ni a él. Y ésa fue la vez que se lo dijimos. Lo que pasó después, es como si no hubiera pasado. Esto de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando ¡Muera Urquiza! cuando para nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de la tierra y los esteros manchados por las fogatas, me la acuerdo más que a la otra y me duele más, y ninguno de nosotros, de los que estuvo, se la olvida, porque fue como despedirse” Robustiano Vega, acusado de asesinar a Urquiza, “Las actas del Juicio”, Ricardo Piglia ¹

La Guerra del Paraguay constituyó un momento decisivo en el proceso de formación de la Argentina como estado-nación. De acuerdo con Tulio Halperín Donghi, sólo un conflicto internacional podía consolidar la victoria liberal y la hegemonía de Buenos Aires sobre las provincias del interior y lograr la subordinación del litoral. En ese sentido la inequívoca posición adoptada por el líder entrerriano Justo J. de Urquiza de apoyo al presidente Bartolomé Mitre durante el conflicto, resultó clave en la consolidación de la “causa nacional” que reclamaba la unión de las provincias contra un enemigo externo.²

En Entre Ríos la guerra tuvo un impacto singular. Los desbandes de las tropas entrerrianas en los campamentos de Basualdo y Toledo, marcaron un momento de inflexión en la crisis de la relación de Urquiza con sus seguidores. Consideramos que estos episodios se inscriben en un contexto más amplio que llevó a una redefinición de las identidades partidarias al interior del federalismo entrerriano que se inició con la derrota de la

Confederación liderada por Urquiza y alcanzó su punto culminante en la década del setenta con las rebeliones jordanistas. La fractura del Partido Federal abrió una etapa de inestabilidad, de ruptura del consenso y de redefinición de las identidades políticas que se vinculó con las nuevas alianzas y las resistencias que originó la formación del Estado Nacional.³

La impopularidad de la guerra que se expresó en la oposición y la resistencia al reclutamiento de las tropas por parte de la población en las provincias del interior y del litoral se ha convertido prácticamente en un axioma, sin embargo, esta cuestión, ha sido poco estudiada por la historiografía reciente.⁴ Si bien hace varias décadas que la historiografía política dedicada al estudio de la movilización militar de los sectores populares y su participación en la vida política en el siglo XIX viene experimentando una importante renovación aún faltan estudios sobre la experiencia de los mismos en la Guerra del Paraguay.

Sabemos que en las provincias del interior y el litoral la guerra generó resistencias que se plasmaron en acciones directas que dieron lugar a la desertión y a la rebelión, y también que se expresaron discursivamente en torno a las representaciones y los contenidos de la nación. Los federales que se oponían a la guerra, marginados del poder en casi todas las provincias, se articularon en torno a un sentimiento antiporteño que identificaban con el liberalismo mitrista y rechazaban el orden que se buscaba imponer desde Buenos Aires. En Entre Ríos, donde el partido federal mantuvo su hegemonía bajo el liderazgo de Urquiza, esa oposición a la guerra se manifestó en la prensa, en la literatura militante de José Hernández y Olegario Víctor Andrade y alcanzó su mayor manifestación en la desertión de las tropas en los campamentos de Basualdo y Toledo.

Recientemente la historiografía ha tratado el fenómeno de la desertión de las tropas de línea especialmente en estudios dedicados a los sectores subalternos, sin embargo, los desbandes de las tropas entrerrianas convocadas para integrar el ejército aliado han sido prácticamente ignorados, a excepción de un artículo que aborda directamente el tema escrito por Beatriz Bosch a fines de la década de 1950 y las menciones en los trabajos de algunos historiadores identificados con las corrientes revisionistas como: Fermín Chávez y León Pomer, fundamentalmente, como señalamos, para destacar la impopularidad y resistencia que generó la guerra en las provincias del interior y el litoral.⁵

¿Por qué se desbandaron las tropas entrerrianas? ¿Cómo pensar su accionar político? ¿Qué circunstancias posibilitan que ciertas modalidades de pertenencia social cobren preeminencia sobre otras como fundamentos de la acción colectiva? Intentando aproximarnos a algunas respuestas parciales a estos interrogantes partimos de la hipótesis de que la identidad federal de las tropas entrerrianas fue un factor clave que permite interpretar los desbandes de Basualdo y Toledo como actos políticos en el contexto de disputa y redefinición de las identidades político partidarias que implicó la Guerra del Paraguay.⁶ Asimismo, si bien Urquiza logró permanecer al mando del gobierno provincial hasta su asesinato en 1870, pensamos que a partir de los desbandes se produjo una ruptura en la relación del caudillo con sus bases que marcó el comienzo de la pérdida de su prestigio y de su capacidad militar, elementos claves de su liderazgo político.

En este texto, a partir de la correspondencia sobre los desbandes entre Urquiza, las autoridades nacionales, los jefes políticos departamentales y algunos oficiales de menor rango de la provincia, nos proponemos analizar cómo se plantearon los alineamientos políticos de los principales actores involucrados de acuerdo con su posicionamiento en la estructura de poder - autoridades nacionales-provinciales, y estructura militar entrerriana- en relación con la movilización militar para la Guerra del Paraguay, con el objetivo de reconstruir la percepción que transmiten acerca de los desbandes de Basualdo y Toledo e identificar algunos componentes específicos del federalismo de los sectores subalternos.

La movilización de las tropas entrerrianas: los desbandes de Basualdo y Toledo

El episodio que el gobierno nacional tomó como justificación oficial para declarar la guerra al Paraguay ocurrió el 13 de abril de 1865 cuando tropas paraguayas tomaron los buques “Gualeguay” y “25 de Mayo” e invadieron el territorio correntino. El país no estaba suficientemente preparado para afrontar una guerra internacional, el ejército de línea contaba con pocos hombres pobremente equipados. El presidente Bartolomé Mitre debió recurrir a medidas especiales para organizar las fuerzas militares, ordenó una leva de soldados y la movilización de la Guardia Nacional en todas las provincias estableciendo los cupos con los que cada una debía contribuir. El 17 de abril le envió una carta al Gral. Urquiza, en la que le informó lo sucedido, le comunicó su designación oficial como jefe de la Guardia Nacional de Entre Ríos y la necesidad de levantar un cuerpo de ejército de cinco

mil hombres, organizarlos y nombrar sus jefes superiores para marchar hacia Corrientes.⁷ La posición tomada por Urquiza fue decisiva, inmediatamente, ordenó la movilización de las fuerzas entrerrianas hacia la base de operaciones de su ejército, el campamento militar de arroyo Calá, ubicado en Concepción del Uruguay.

Los jefes departamentales de la provincia respondieron a la convocatoria reuniendo a los milicianos de cada departamento quienes comenzaron a dirigirse hacia Concepción del Uruguay. El 11 de mayo, cerca de 8000 hombres agrupados en Calá, se pusieron en marcha con gran rapidez y en junio se encontraban concentrados en el campamento ubicado junto al arroyo Basualdo, próximo al límite con la provincia de Corrientes. En la noche del 3 de julio, mientras Urquiza se había retirado del campamento para asistir a una reunión con el general Mitre en Concordia, se produjo el primer desbande de tropas. Después del toque de queda, grupos de cincuenta a cien hombres formaron orden de batalla y se unieron a otros grupos que en número cada vez mayor hicieron resonar los cascos de sus caballos, gritando “¡Muera el presidente... Viva el general Urquiza!”. Casi 3000 soldados de caballería comenzaron a regresar al interior de la provincia en busca de sus hogares, eran nogoyaceros y victorianos que pertenecían a las fuerzas comandadas por Manuel Navarro, Domingo Hereñú y Manuel Caraballo. Ya de día se sumaron los hombres de la división Gualeguay. En todas ellas se quedaron jefes y oficiales, los soldados se habían ido.

El desbande era enorme, los hombres se esparcían por todos los caminos de la provincia. No obstante, Urquiza no tomó grandes represalias, decidió licenciar las tropas y ordenó a sus jefes y oficiales de las divisiones regresar a sus departamentos para volver a convocar las fuerzas en el mes de octubre en el campamento del Yuquerí, cerca de Concordia. En la segunda convocatoria logró concentrar una fuerza de 6000 soldados, que él mismo condujo hacia Corrientes. Pero poco antes de llegar, en Arroyo Toledo, en la noche del 4 de noviembre las tropas del Segundo Regimiento de Gualeguaychú, a las que se sumaron las de los batallones de Victoria, Diamante, Gualeguay, Paraná y Nogoyá, comenzaron a desertar... noche tras noche hasta el 10 de noviembre, con gritos de aves nocturnas, aullidos de perros o zorros, daban la señal acordada y desaparecían del ejército... esta vez ni la presencia del general logró evitar el desbande.

Urquiza y Mitre unidos por la “causa nacional”

Durante los últimos meses de 1864 y principios de 1865 Urquiza y Mitre se escribieron continuamente aclarando sus puntos de vista con respecto a la política brasileño-paraguaya. Antes de que se iniciara el conflicto Urquiza se ofreció como mediador para lograr un acuerdo diplomático entre Paraguay y Brasil. Si los blancos uruguayos, los paraguayos y los federales disidentes tenían alguna expectativa respecto de qué actitud tomaría Urquiza, ésta, quedó totalmente disipada ya que apenas comenzó la guerra, el jefe entrerriano se puso bajo las órdenes de Mitre y del gobierno nacional, posición que mantuvo a lo largo de todo el conflicto. De acuerdo con el líder entrerriano: *“Esta campaña permitirá extirpar del todo las disensiones políticas que han dividido al país”*. La guerra requería la participación de todos y la eliminación de las divisiones políticas internas, por lo tanto, a partir de ese momento se comprometió a aportar el mayor contingente de tropas provinciales en el que estaba incluida la *gloriosa* caballería entrerriana. Había precedido su incorporación al ejército argentino con enérgicas proclamas en las que apelaba al honor y la gloria de sus veteranos para contrarrestar la invasión al territorio nacional.

Como hemos dicho, el reclutamiento fue un éxito, en mayo ya se encontraban reunidos 8000 hombres en el campamento de Calá, la mayor parte de ellos eran guardias nacionales, otrora milicianos que seguían constituyendo la base de la fuerza militar entrerriana. La noticia de los desbandes le llegó cuando se encontraba en la estancia de Gregorio Castro para dirigirse al encuentro con Mitre en Concordia. Los partes estaban firmados por Benjamín Virasoro, Mariano Querencio y Pedro Martínez. Según informaban, a la noche se oyó una gritería de vivas y un grupo de soldados de las divisiones de Nogoyá y Victoria comenzaron a irse hacia el campo, en dirección a Entre Ríos, con sus armas y municiones.

Frente a estos acontecimientos, Urquiza decidió regresar al campamento de Basualdo y ante la magnitud de la deserción licenciar a todas sus fuerzas. Desde allí envió una carta confidencial a Mitre donde exponía su opinión sobre las causas que provocaron el desbande. En la explicación de los motivos hay una minimización de lo ocurrido que calificaba como un *“desorden”*. Si bien mencionaba los *“falsos rumores”* que había generado su viaje y acusaba a la prensa de explotar *“antiguas disensiones”* entre ellos, con lo cual reconocía el malestar que generaba su alineamiento político con Mitre, todos los factores parecían tener el mismo peso *“agitados”* por la bebida y fundamentalmente, consideraba que hubieran sido neutralizados con su presencia en el campamento. Sin

embargo, a pesar de que siempre consiguió hacer regresar algunos grupos, la magnitud del desbande junto a la presencia de “leales servidores”, lo llevó a decidir el licenciamiento de todas las tropas para volver a convocarlas más adelante.⁸

Resulta interesante que luego de lo ocurrido, en una carta a Manuel Navarro, jefe político de Nogoyá, necesitó expresar las razones de su alineamiento político con Mitre. Así, afirmaba que la guerra no era cuestión de partido sino un problema nacional porque *se ha mancillado el honor de la patria a quien todos nos debemos*, y si estaba al lado del presidente de la nación era para hacer efectivos los principios consagrados en la Constitución Federal de 1853. A sus jefes políticos les pedía que tuvieran confianza en él, porque en el último tercio de su vida no iba a cometer una infamia conduciendo su pueblo a la ruina.⁹

Por su parte Mitre enterado de los sucesos mantuvo una copiosa correspondencia con el vicepresidente Marcos Paz, los ministros de su gabinete, enviados de Urquiza y el propio Urquiza.

En carta a Marcos Paz le manifestaba que “*Por supuesto que el general Urquiza como caudillo ha caído en Basualdo, y que una revolución se ha operado en Entre Ríos*” y que si bien sus instigadores han fracasado, siguen siendo una amenaza si no se adoptan medidas eficaces. Los soldados no se movilizaban en forma autónoma, sino manipulados por quienes conspiraban contra el comandante entrerriano.¹⁰

La idea de que los desbandes fueron obra de conspiradores es manifiesta en la correspondencia de la autoridades nacionales, hay algunos nombres que se mencionan como el de Ricardo López Jordán pero más que insistir con la denuncia o la búsqueda de los responsables, la estrategia de Mitre fue respaldar a Urquiza como representante de la *causa argentina y defensor del honor nacional*.¹¹ Claramente Mitre reconocía a Urquiza como un representante de la *causa argentina* en su provincia, y si bien expresaba que el *partido* lo acompañaba, y sin él la provincia caería en un caos en el que los *caudillejos se tomarían a puñaladas*, resulta interesante marcar el contraste que plantea Mitre entre el poder personal debilitado de Urquiza y su mayor poder moral, cuya fuente de legitimidad era la adhesión al orden nacional. De esa unión dependía no sólo la seguridad del territorio sino la garantía del orden local entrerriano en el presente y el futuro.

Estas afirmaciones nos permiten señalar dos cuestiones que vuelven al líder entrerriano un interlocutor clave para las autoridades nacionales. Por un lado, Mitre atribuye a Urquiza la representación de la *causa argentina* convirtiéndolo en garante del orden interno provincial, por otro, le asigna el rol de *defensor del honor nacional*, cuestión que está vinculada con el significado de la guerra.

Con respecto al primer punto, desde la derrota de la Confederación se produjo una fractura al interior del federalismo entrerriano en el que fueron articulándose dos tendencias: Urquiza lideró una postura que adoptó una estrategia de negociación con el gobierno nacional en contraste con otros grupos, que comenzaron a manifestar una visión distinta sobre cómo debía construirse un espacio nacional, defendiendo la autonomía provincial y confrontando con los liberales nacionales a través de las alianzas tradicionales con los federales de otras provincias, que en este contexto se expresaban fuertemente en su oposición a la guerra.¹² El gobierno de Mitre no reconocía a estos últimos grupos como interlocutores y de hecho el propio presidente y algunos de sus colaboradores pensaban que entre ellos se encontraban los instigadores o promotores del desbande. Sin embargo, a pesar del temor y las objeciones de algunos miembros de su gabinete, Mitre estaba convencido que era muy difícil averiguar quiénes habían sido los autores y debido a las circunstancias especiales de esta provincia el modo de neutralizarla era “valiéndose” del propio Urquiza para que él mismo se hiciera cargo de restablecer el orden interno evitando abrir un nuevo frente de conflicto en un territorio muy cercano al escenario bélico.

La otra cuestión está vinculada al significado de la guerra. Mitre presenta a Urquiza como el defensor del *honor nacional*: él es quien ha convocado las tropas entrerrianas para reivindicar el honor de los argentinos mancillado por la invasión paraguaya al territorio nacional, no a la provincia de Corrientes. En ese sentido, la guerra cumple un rol central en la afirmación de la identidad nacional ya que se propone como el modo de dejar atrás las discordias del pasado, para reafirmar la unión de las provincias en contra de un enemigo exterior. A ese llamado ha respondido con lealtad el general Urquiza. Por esa razón, Mitre le ofreció el apoyo del gobierno nacional para que procediera “con energía” y le expresó que no era necesario que intentara reunir iguales fuerzas que bastaban tres mil o cuatro mil hombres.

Sin embargo, no resulto fácil la segunda convocatoria. Entre los meses de julio y noviembre los jefes políticos trabajaron activamente para volver a concentrar las fuerzas. El desbande de Arroyo Toledo sorprendió a Urquiza estando en el campamento al frente de sus tropas. Ya desde su residencia en San José, le escribió a Marcos Paz una extensa carta para informarle lo ocurrido. Le explicaba que las noticias sobre la retirada del enemigo a Paraguay con la idea de que no hacía falta llevar la caballería motivó la decisión de desmontarla. Según su informe, este hecho junto con la preocupación de emprender una guerra en territorio lejano perturbó la moral de las tropas que empezaron a desbandarse. La orden de licenciar se dio a tiempo de contenerlo *“cuando sólo faltaban ochocientos hombres”*. Urquiza proseguía diciendo que hubiera podido continuar la marcha pero comprendió, que en estas circunstancias, era más importante para la nación, reforzar el orden y la paz en la provincia que agregar fuerzas al ejército aliado. Su principal temor era que la dispersión y la persecución ordenada a los desertores promovieran la anarquía y la montonera, si él se alejaba de la provincia. Finalmente, el general entrerriano se comprometía a castigar a los promotores y enviar a los demás a engrosar los cuerpos de infantería y artillería.

En estas circunstancias, la participación del contingente entrerriano en la guerra quedó subordinado al restablecimiento del orden al interior de la provincia. En consecuencia, Urquiza comisionó a los generales Almada en Gualeguaychú, a Urdinarraín en Gualeguay, a Galarza en Victoria y Nogoyá, y a López Jordán en Paraná y La Paz a tomar las medidas necesarias para corregir los desórdenes que el desbande pudiera ocasionar y perseguir y capturar a los desertores. Los promotores o los que estaban ligados con circunstancias agravantes debían ser fusilados y el resto integrados a los cuerpos de infantería y artillería. Hubo ejecuciones y persecuciones en toda la provincia y en los meses siguientes fueron remitidos a San José individuos capturados por las autoridades militares y civiles. Finalmente, el 20 de enero de 1866, ocho meses después de la primera convocatoria, Urquiza envió los contingentes con las tropas entrerrianas desistiendo de participar personalmente en la guerra. Cuando los dos batallones fueron remontados, Urquiza le escribió a Mitre satisfecho por haber logrado que la provincia cumpliera con su deber, aunque reconocía que no en la forma que lo hubiera deseado. Entre Ríos quedaba

moralizada y tranquila, el triunfador de Caseros se ubicaba como un buen *subalterno* del vencedor de Pavón...

Los jefes políticos: lealtades que se mantienen

Los jefes políticos habían desplazado a los comandantes militares del manejo del poder de los departamentos y cumplían un rol clave como articuladores del poder entre el caudillo entrerriano y los sectores subalternos. Estaban en contacto estrecho con los oficiales intermedios, quienes a su vez tenían una relación más cercana con los soldados. Desde el comienzo del conflicto respondieron a la orden recibida e iniciaron la convocatoria y movilización de las tropas desde los distintos departamentos hacia el campamento de Calá. Manuel Basavilbaso, Miguel Galarza, Apolinario Almada, Manuel Urdinarrain acudieron inmediatamente. El 6 de mayo Urquiza pasó revista a cuatro mil soldados, a la que se incorporó la columna de Manuel Navarro desde Nogoyá con más de seiscientos hombres. Ocurrido el desbande de Basualdo fueron quienes brindaron los primeros informes de lo que iba aconteciendo. Uno de los principales protagonistas, por la prolífica correspondencia que mantuvo con Urquiza y con el gobernador de la provincia José María Domínguez durante los sucesos, fue el coronel y jefe político de Nogoyá, Manuel Navarro. Su carta constituye un valioso testimonio a través de la cual pueden analizarse varias cuestiones. En principio todos los jefes de división como él, fueron informados que Urquiza había partido para entrevistarse con Mitre y que dejaba al general Benjamín Virasoro al frente del ejército. De acuerdo con Navarro, esa noticia circuló por todo el campamento. Sin embargo, de su propio relato surge la importancia que los soldados le asignaron a la partida de Urquiza como motivo de los desbandes, ya que según le informaron, además de gritar: *¡Vivas! Al General Urquiza y ¡Mueras! Al Presidente de la República*”, los soldados decían que no debían dejarse engañar, ya que el Capitán General se había vuelto a su casa y todos debían volver.¹³ La reunión con Mitre se estaba preparando desde tiempo atrás, los jefes lo sabían y tal como el propio Navarro lo afirmaba, la noticia había circulado en el campamento de Basualdo, que las tropas aceptaran entonces. La idea de que Urquiza se había retirado del frente y había vuelto a su casa, tal vez expresa lo que los soldados esperaban del caudillo, y las expresiones de aclamación y repudio reflejaban como

entendían las lealtades en este contexto, el propio “Don Justo” abandonaba el ejército para no quedar bajo la dirección del presidente Mitre. Por otra parte, los soldados no se iban secretamente, sino que en grupos de 50 a 100 hombres en formación, con sus armas. Incluso consta que algunos escuadrones se apoderaron de los cajones de municiones, gritaban su consigna, y buscaban sumar a otros batallones en su partida. Los jefes de división que los vieron partir, dieron aviso y esperaron órdenes de sus superiores. De allí surgió la imputación al General Virasoro y al alto mando porque no tomaron medidas para contener el desbande mientras los batallones se estaban retirando del campamento. Según Navarro, Virasoro le ordenó decirles a los soldados que ya que desertaban y volvían a la provincia no cometieran desórdenes, y que mandara algunos oficiales con ellos. Navarro no obedeció porque si les decía eso “*no iba a quedar ni uno solo*”. Esta acusación no encontró eco en Urquiza. Cuando éste llegó al campamento aceptó las justificaciones del accionar del alto mando, contribuyó a esa decisión el hecho de que los desbandados no cometieron actos violentos y se fueron gritando *vivas* a su persona. No deja de ser sorprendente, que frente al muy exitoso reclutamiento de tropas en relación con otras provincias, los soldados entrerrianos tomaran la decisión de irse del campamento en masa y el alto mando y el propio Urquiza se vieran impotentes ante el hecho que aceptaron como consumado.

En los días y meses siguientes, los jefes políticos y los jefes de división, manifestaron su lealtad al general Urquiza y con sus jefes superiores inmediatos. Existía el temor de ser castigados por los hechos de Basualdo. En numerosas cartas enviadas al caudillo, desde los distintos departamentos de la provincia, especialmente los jefes de las divisiones desbandadas, relataban los sucesos y no sólo ratificaban su fidelidad sino que garantizaban la de sus jefes intermedios subordinados. De acuerdo a los testimonios, jefes influyentes para las tropas como Dolores González, José Ignacio Espíndola, José María León, se presentaban poniéndose a sus órdenes, dispuestos a “*derramar la última sangre por V.E en defensa de la provincia*”, “*nuestra sangre a de correr en torrentes en defensa de su persona*”.¹⁴ Manuel Navarro no solo garantizaba que su persona le pertenecía al general, sino también todos los que le pertenecían a él.¹⁵ Una red de relaciones y lealtades personales basada en múltiples servicios y experiencias comunes en las campañas militares se reactualizaba frente a los acontecimientos.

En la explicación sobre por qué se habían producido los sucesos recientes, los jefes políticos coincidían en que habían sido ocasionados por sus *antiguos adversarios*. En varias cartas se adjudicaba la responsabilidad de los desbandes a la prensa porteña que recordaba a los vencedores de Pavón sobre las “chusmas coloradas” y hablaba de un enfrentamiento entre los intereses nacionales contra el espíritu localista de las provincias, alimentando antiguas rivalidades y el espíritu faccioso. Tanto Manuel Navarro como Ricardo López Jordán fueron acusados por la prensa porteña como promotores de los desbandes. “*La Tribuna*” y “*La Nación Argentina*” -periódicos de Buenos Aires- señalaron a estos oficiales y a otros de menor rango como autores de la desertión y pidieron su castigo como traidores a la patria. No es extraño entonces, que estos jefes adjudicaran a la prensa porteña un rol clave en la explicación de las motivaciones que habían provocado la desertión de las tropas entrerrianas.

Sabemos que durante la guerra, tanto en los campamentos de los aliados como en los de los paraguayos, circularon periódicos y surgieron diarios de trincheras que leían los oficiales y que estaban dirigidos a los soldados. Podemos suponer que las tropas entrerrianas tenían conocimiento sobre la prensa porteña ya que hemos encontrado testimonios sobre envíos de periódicos de Buenos Aires al campamento del *ejército entrerriano* por parte del ministro Rufino Elizalde, como asimismo es posible que la propia prensa federal entrerriana haya difundido esos artículos de los diarios porteños, sin embargo aún así es difícil evaluar qué impacto tuvo en los desbandes.¹⁶ Probablemente, la retórica descalificadora de la prensa porteña de las mismas fuerzas entrerrianas a las que se les exigía contribuir en la guerra, afectó sobre todo a sus cuadros intermedios ya que en forma constante les recordaban que debían subordinarse porque fueron vencidos en Pavón y, asimismo eran estigmatizados como *localistas, traidores y analfabetos*. Podemos pensar, entonces, que un posible efecto fue irritar a los jefes intermedios que podían traducir esos discursos a la oralidad, cumpliendo órdenes en abierta disconformidad.

En los meses siguientes al desbande de Basualdo, los jefes políticos de los departamentos más afectados usaron todos sus recursos y medios para hacer volver a su gente. Enseguida corrieron rumores de que había agitadores promoviendo la no concurrencia de las tropas. El mismo coronel Navarro se quejaba de que hacía días que estaba acampando en María Grande y que pocos hombres se estaban presentando, tanto, que algunos jefes y oficiales

llegaban solos. Le advertía a Urquiza, que eso se debía al éxito que estaban teniendo los que “trabajaban” para que las tropas no asistieran y entre los instigadores mencionaba al comandante Retamal, a Gerónimo Romero (alias *el Chumbiao*), al Alférez Mauricio Godoy, todos hombres de López Jordán. A todos los acusaba de seducir a la gente, incitándolos a no concurrir y pasarse a la división de éste. Si bien, estas imputaciones reflejan que había grupos locales pensando en que López Jordán podía asumir el liderazgo, representando otra alternativa para los federales entrerrianos, a lo largo de todo el proceso de reclutamiento, éste se mostró leal y acatando las órdenes impartidas por Urquiza.¹⁷

A pesar de las resistencias las cinco brigadas que componían las fuerzas entrerrianas estuvieron listas a fines de octubre para seguir el itinerario fijado por Mitre hasta incorporarse al Ejército Argentino. El desbande de Toledo sorprendió a los jefes que no pudieron contener las tropas. Al acrecentarse el número de soldados que desertaban, las autoridades reconocieron la impotencia para dominar la situación, sólo exigieron la entrega de las armas y la promesa de volver al ejército cuando se los convocara nuevamente.

Urquiza aplazó la represión hasta que se calmara la situación pero un mes más tarde se inició una persecución a muerte de los desertores. Como hemos dicho comisionó a sus generales para que cumplieran esa orden, jefes políticos e intermedios participaron también de las acciones represivas: “*capturarlos, procesarlos y remitirlos al campamento de San José*”. A Manuel Urdinarrain y a Ricardo López Jordán les encomendó especialmente que averiguaran quienes fueron los que imitando aullidos de zorros y perros daban la señal de desertión y a los que fueran autores los remitieran al Cuartel General para ser sumariados y castigados. Ordenó buscar los soldados prófugos en las islas, pidió la devolución de los refugiados en Santa Fé, ordenó un trato severo para los apresados. Los enviados a San José fueron rápidamente sumariados y ejecutados o pasaron a integrar los batallones que se preparaban para enviar al frente.

Los jefes políticos departamentales se mantuvieron fieles al general entrerriano y acataron sus órdenes a lo largo de todo el proceso que se desencadenó a partir de la convocatoria de las tropas para combatir en la Guerra del Paraguay, las lealtades personales de estos intermediarios políticos que dominaban y articulaban las relaciones con los sectores subalternos resultaron claves en el momento de la convocatoria de las fuerzas entrerrianas

pero no fueron suficientes para movilizarlas una vez que debieron marchar a unirse con el ejército comandado por Mitre.

Lealtades subalternas en conflicto: las razones de las tropas

El servicio de milicia y la guerra tuvieron un rol significativo en la conformación del orden federal entrerriano. Como ha planteado Roberto Schmit, ambos fueron vitales para defender y sostener el predominio militar de la provincia en la Confederación y al mismo tiempo consolidar la gobernabilidad al interior del estado provincial. No sólo eso, en la práctica, el servicio de milicia fue mucho más trascendente porque constituyó el nexo fundamental a través del cual los grupos dirigentes se vincularon con los sectores subalternos. A medida que se incrementaron las necesidades de tropas y crecieron las demandas de guerra, sin recursos fiscales para sostener el ejército de línea, las autoridades utilizaron los servicios militares como *servicios a la patria*, los cuales se convirtieron en el principal recurso de aprovisionamiento de hombres y recursos materiales para el estado provincial. Así, se fue estableciendo una negociación de servicios a cambio del reconocimiento de derechos propios de los ciudadanos, que posibilitó a los sectores subalternos, el acceso a bienes o el usufructo de tierras fiscales o de pastoreo, entre otras posibilidades.¹⁸

Al mismo tiempo, a través de los *servicios a la patria* y las experiencias colectivas que resultaron del enrolamiento y las guerras federales se fueron desarrollando símbolos de pertenencia y valores comunes que fueron conformando en las tropas un sentido de identidad y pertenencia a la “familia entrerriana”. Esa pertenencia se afirmaba a través de los lazos de solidaridad que se creaban en los combates por la defensa de la provincia. Urquiza, como el líder máximo en los servicios a la patria, era considerado el “padre de la familia entrerriana”. Fue así, que su gobierno se sostuvo sobre un fuerte poder de carácter personalista, un poder personal cimentado sobre la fidelidad de los sectores subalternos en el intercambio de variados servicios y en las experiencias comunes durante las campañas militares en defensa del federalismo. En ese intercambio se fue conformando un imaginario cultural y político que sostenía el orden federal entrerriano.¹⁹

¿Qué cambió en la década de 1860? Como es sabido a comienzos de 1860 se inició un proceso de transformación institucional en Entre Ríos que comenzó a modificar profundamente las relaciones políticas, económicas y sociales entre las autoridades y los

sectores subalternos.²⁰ En ese proceso resultó clave la aplicación de las Leyes de Tierras y de Vagos, ya que ambas tuvieron un carácter socialmente excluyente y contribuyeron a profundizar la pérdida de derechos consuetudinarios de los pobladores de la campaña entrerriana. Ante esto los sectores subalternos apelaron a defender sus intereses a través de las prácticas tradicionales de resistencia, pidiendo la mediación o negociación personal con sus líderes militares o las autoridades locales haciendo valer las lealtades por los servicios prestados reclamando el mantenimiento de las viejas tradiciones de “reciprocidad”. En ese contexto de cambios, en el que comenzaron a modificarse las prácticas que habían sostenido el orden federal provincial, se produjo el reclutamiento para la Guerra del Paraguay.

Como hemos señalado, jefes políticos y comandantes militares de los departamentos encabezaron las acciones para el reclutamiento. Si bien las milicias habían sido convertidas en guardias nacionales, los mecanismos para la convocatoria de las tropas no habían cambiado profundamente.²¹ Estar “bajo bandera” seguía significando un servicio obligatorio para la defensa de la tierra entrerriana. Los mecanismos de reclutamiento, los términos de la negociación provenían de una tradición que permite entender el éxito de la convocatoria. Sin embargo, en esta ocasión, las tropas fueron reunidas para participar en un conflicto inédito, en una alianza con los antiguos enemigos: porteños y brasileños.

Las guerras libradas a lo largo del siglo XIX tuvieron una dinámica regional que fue generando tramas de vinculación y alianzas entre distintas facciones. Así, los blancos uruguayos se encontraban unidos históricamente con los federales, y los liberales, como antes los unitarios, se asociaban con los colorados y los brasileños.²² Este juego de alianzas se había replicado en el reciente conflicto ocurrido en la Banda Oriental que tuvo un impacto singular en el pueblo entrerriano con el sitio a la ciudad de Paysandú. Cuando se convocaron las tropas a reunirse en el campamento de Calá, aún estaba muy vivo el recuerdo de los bombardeos de la escuadra brasileña sobre los pobladores de la ciudad vecina y muchos blancos uruguayos se habían refugiado en Entre Ríos.²³ Voces de protesta se levantaron en la prensa, en las reuniones, en la correspondencia. El propio coronel Manuel Navarro le envió una carta a Urquiza desde Nogoyá: *“Mi querido general: Acabamos de saber con profundo sentimiento la toma de Paysandú y la muerte de sus principales jefes. Los atentados y crímenes que cada día cometen los infames brasileños,*

*nos llenan de coraje y solo ansiamos el momento de vengar la sangre de los mártires de Paysandú. Los amigos creemos y esperamos que V:E no podrá mirar con calma los bárbaros crímenes de los brasileños.*²⁴ Si pocos meses antes del comienzo del conflicto con el Paraguay, sus jefes se expresaban de esta manera, resulta esperable entonces, que los soldados entrerrianos no pudieran ver como aliados a los brasileños, a los colorados uruguayos y a los porteños con quienes tenían que unirse para combatir contra el ejército paraguayo.

José Ignacio Espíndola, un oficial de menor rango, imputado como sospechoso de haber sido promotor del desbande de Basualdo, le escribió a Urquiza una carta en la que explicaba porque estuvo entre los sublevados. Por un lado señalaba que: *“Soldado desde niño siempre he estado al lado de V.E y siempre le he tenido por amigo.-Hoy que íbamos a defender una causa justa, una causa en que el honor se halla comprometido, no podía faltar a mi deber de soldado y Entre Riano echar un borron en mi carrera.”*²⁵

Afirmaba así, su lealtad a Urquiza, a quien consideraba como “amigo”, al mismo tiempo que definía una pertenencia identitaria: la de ser soldado y entrerriano. En otro fragmento de su carta, Espíndola sostenía que no había sido autor, ni promotor del hecho: *“Envuelto en los sucesos de Basualdo, he sabido que se me tiene a mi en el número de los autores de esa especie de sublevación. No he sido yo, Gral., el autor ni el promotor de este hecho.- Si V.E. me ha visto en las filas de los sublevados ha sido porque empecé mi palabra a mis soldados la noche del suceso, de salir con ellos al día siguiente; esperando con esta demora a que los Gefes superiores tomaran alguna medida para calmar los ánimos.”*²⁶ Más allá de la intención de Espíndola de desligarse de la imputación como promotor, es interesante destacar su caracterización acerca de que ocurrió en la “mente de los soldados”, sin instigadores, una decisión autónoma de la tropa. Consideramos que en esta decisión se pusieron en juego identidades partidarias constituidas en la construcción del orden federal entrerriano y que los desbandes fueron una forma de acción política.

Algunas Conclusiones

Si bien Urquiza no perdió su lugar como jefe nacional del federalismo luego de Pavón, su alineamiento inesperado con Mitre fue desdibujando su figura. Es así que en el contexto de la guerra aquí analizado, el caudillo entrerriano, aludía constantemente a la necesidad de

abandonar las divisiones partidarias, al reconocimiento de la Constitución sancionada en 1853, y reafirmaba su total lealtad con el gobierno mitrista en defensa de la nación. Esa expresa solidaridad, contrastaba con la fuerte oposición que la guerra y el reclutamiento provocaron en las provincias identificadas con el federalismo. Una resistencia que, como ha sido señalado, transformó el reclutamiento en un conflicto social y político que adquirió una dimensión nacional sin precedentes. En este contexto, el gobierno mitrista buscaba fortalecer la alianza con el líder entrerriano, y asegurar su contribución a la guerra, fundada más, en una proclamación política que, en la asistencia efectiva a través del contingente de soldados. En tal sentido, frente a los desbandes de las tropas, la respuesta del presidente fue el apoyo total a Urquiza para que restableciera el orden interno en tanto éste último mantuviera su fidelidad a la *causa nacional*.

La posición asumida por Urquiza tuvo un costo político al interior del federalismo provincial que marcó el comienzo de la pérdida de su prestigio y su capacidad militar. Si bien el alto mando militar y los jefes políticos departamentales mantuvieron su lealtad con Urquiza durante la convocatoria y a lo largo del proceso, siendo los responsables de implementar la represión ocurridos los desbandes, sus redes de relaciones con los sectores subalternos no resultaron suficientes para movilizar a los tropas entrerrianas para integrarse al ejército nacional comandado por Mitre.

Como hemos dicho, los desbandes de las tropas entrerrianas en Basualdo y Toledo, pusieron en evidencia un punto de fractura en la relación de Urquiza con sus bases que asistieron a la convocatoria pero no marcharon hacia Corrientes. A lo largo de las luchas entre unitarios y federales, se fueron estableciendo lazos entre el caudillo y sus seguidores, que dieron origen a identidades y lealtades partidarias conformando el *orden federal entrerriano*.

En nuestra opinión, en la década del sesenta, ese orden sufrió una fuerte erosión con los cambios económicos, institucionales y políticos que se implementaron en la provincia. En ese contexto, cuando se produjo el reclutamiento para la Guerra del Paraguay, persistía en las tropas una identidad asociada a un imaginario y a un orden federal, del cual el antiporteñismo era un componente fundamental, que no se correspondía con el discurso de unidad nacional planteado por Urquiza a partir de la alianza con un gobierno nacional identificado con la hegemonía porteña. Los desbandes de Basualdo y Toledo marcaron una

diferenciación de las tropas con respecto al mandato y al posicionamiento del general entrerriano, que contribuyeron a la fractura de ese orden basado en tradiciones paternalistas que habían unido a lo largo de su gobierno a Urquiza con los sectores subalternos.

Según cuenta Julio Victorica, quien acompañó a Urquiza a escoltar los dos batallones entrerrianos que finalmente se integraron al Ejército Nacional, como los soldados vacilaban en subir a los barcos, éste le gritó al jefe de las tropas: “-¡Coronel Caraza: *Hágale volar la cabeza al que se resista!*” No se necesitó más. Todos se embarcaron en silencio. Entre ellos iba Robustiano Vera.

¹ En la ficción Ricardo Piglia le pone voz a *Robustiano Vega* (Vera) y recrea su confesión, Ricardo Piglia, “Las actas del juicio” en: <http://www.literaturaorg/Piglia/tpacta.html>

² Halperin Donghi, Tulio, (1982) *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, pp.74.

³ Este trabajo se enmarca en un proyecto de mayor alcance que procura estudiar el jordanismo como expresión de un realineamiento y redefinición de las identidades políticas en el contexto de crisis del orden federal entrerriano.

⁴ Existe una amplia bibliografía sobre la Guerra del Paraguay y sigue siendo hoy objeto de investigaciones y debate en los países que participaron de la contienda y en el mundo, sin embargo, ha sido un tema escasamente abordado por la “nueva historia argentina” que comenzó renovándose desde la década del ochenta. Recientemente, este “olvido” ha comenzado a subsanarse y contamos con dos historias generales del período que incluyen el análisis de la guerra teniendo en cuenta los últimos aportes de la historiografía, Garavaglia, Juan Carlos y Fradkin, Raúl (eds.), (2012) *Argentina en la Historia*, Vol. II. *La construcción nacional, 1830-1880*. Buenos Aires, Taurus y Sabato, Hilda, (2012) *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI, y podemos mencionar que se están desarrollando nuevos estudios desde enfoques renovados, tales como los trabajos Ramírez Braschi, Dardo (2004) Quiñonez, María Gabriela (2012) “Historias que nunca se escribieron. Las cautivas, la guerra del Paraguay y la historiografía argentina” .In: *Terceras Jornadas Internacionales. Historia del Paraguay*, Universidad de Montevideo o Baratta, Victoria, (2012). Sin embargo, aún hay una agenda pendiente de investigación y el tema del impacto de la guerra en los sectores populares no ha sido abordado, en ese sentido, constituye un texto de referencia aunque su estudio es más amplio el trabajo de: De la Fuente Ariel (2007).

⁵ Beatriz Bosch, (1959) “Los desbandes de Basualdo y Toledo”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires* - 5ª época, tomo 4, Buenos Aires; Universidad de Buenos Aires, pp. 213-245, Fermín Chávez, (1957) *Vida y muerte de López Jordán*, Buenos Aires, Ediciones Theoría; León Pomer, (2000) *Cinco años de Guerra Civil en la Argentina* (1865-1870), Buenos Aires, Amorrortu editores, León Pomer, (2008) *La guerra del Paraguay: Estado, política y negocios*, Buenos Aires, Colihue.

⁶ Alejandro Rabinovich, estudiando el problema de la desertión de las tropas de línea en otro período, ha indicado que esta cuestión constituye una vía de acceso para el estudio de las configuraciones identitarias de los sectores subalternos- En el acto de desertar es posible visibilizar prácticas y representaciones centrales de estos actores que dan cuenta de un entramado de pertenencias, un mundo de valores y lealtades propias. Rabinovich, Alejandro, (2011) “El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata. Elementos cuantitativos y cualitativos para un análisis. 1810-1829”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, Vol.22, 1, enero-junio, pp.33-56.

⁷ Carta de Bartolomé Mitre a J. J de Urquiza, Buenos Aires, 17 de abril, 1865, Archivo Mitre. “Guerra del Paraguay”, Tomo II, Buenos Aires, 1911, pp.112.

⁸ Urquiza a Mitre, 5 de julio, 1865, Archivo Mitre, “Guerra del Paraguay”, Tomo II, Buenos Aires, 1911, pp.220-221

⁹ Urquiza a Manuel Navarro, San José 21 de julio, 1865, Fondo Urquiza, AGN

¹⁰ En una carta dirigida a Juan A. Gelly y Obes, Mitre le informa sobre las explicaciones que ha recibido sobre el desbande por parte de los enviados de Urquiza y agrega: “*El general Urquiza ha sido víctima de miserables intrigas de algunos de sus jefes, entre los que parece haber sido cabecilla López Jordán.*” Carta

de Mitre a Juan Andrés Gelly y Obes, julio, 1865, Archivo Mitre, “Guerra del Paraguay”, Tomo III, Buenos Aires, 1911. También aparecen mencionados Benjamín Virasoro, Manuel Navarro, José Ignacio Espíndola, Dolores González y otros oficiales.

¹¹ Carta de Mitre a Marcos Paz, Concordia, 10 de julio, 1865, Archivo Mitre, “Guerra del Paraguay”, Tomo V, Buenos Aires, 1911, pp. 236

¹² Olegario de Andrade y José Hernández son dos de las figuras de la élite letrada más trascendentes que plantearon su oposición a la guerra y que luego estarían vinculadas al jordanismo. Al respecto puede verse: Halperin Donghi, Tulio, (1985) *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

¹³ Carta del coronel Manuel Navarro a José María Domínguez, Nogoyá, 10 de julio, 1865, Fondo Urquiza, AGN.

¹⁴ Manuel Navarro a Urquiza, Nogoyá 26 de julio de 1865, Alejandro Anadón a Urquiza, Victoria, 27 de julio de 1865, Ricardo López Jordán a Urquiza, 31 de julio de 1865, José Espíndola a Urquiza, Montoya 4 de agosto de 1865, Fondo Urquiza, AGN.

¹⁵ “V.E debe estar convencido de que yo le pertenezco, de que mi vida es suya; y por consiguiente V.E debe contar con seguridad, no solamente con mi persona, sino con todos cuanto me pertenezcan”. Manuel Navarro a Urquiza, Nogoyá, 28 de julio, 1865, Fondo Urquiza, AGN.

¹⁶ La prensa federal entrerriana tuvo un rol militante en contra de la Guerra y la conducción del gobierno nacional, uno de esos periódicos fue *El pueblo Entre-rriano(1862-1867)* donde escribieron Olegario Víctor Andrade, Francisco F. Fernández y Marcos Luis Funes y el periódico *El Porvenir* (1864-1867) fundado por Olegario V, Andrade. Ambos clausurados en 1867

¹⁷ Sobre la lealtad de López Jordán a Urquiza durante los desbandes y la convocatoria a las tropas, hay evidencias en los hechos y los documentos. El tema ha sido tratado por Fermín Chávez, op. cit., pp. 146 a 149

¹⁸ Schmit Roberto, (2004) *Ruina y resurrección en tiempos de Guerra*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

¹⁹ Ídem, pp.182.

²⁰ Sobre el orden federal entrerriano y su crisis, ver Schmit Roberto, (2008) “Poder Político y actores subalternos en Entre Ríos, 1862-1872”, Buenos Aires, *Anuario IEHS*, 23, pp.199-223, Schmit Roberto y Alabart, Mónica, (2012) “Conflictos políticos y justicia durante la crisis del orden federal en Entre Ríos, 1872-1874”, en *Folia Histórica del Nordeste*, nro. 20, Resistencia, Chaco, Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Facultad de Humanidades, 49-72 y Schmit Roberto y Alabart, Mónica, (2013) “Cambio institucional y prácticas sociales en los orígenes del capitalismo rioplatense: Entre Ríos, 1860-1878”, *Revista Quinto Sol*, Vol.17, Santa Rosa, La Pampa, (Print ISSN: 0329-2665 Online ISSN: 1851-2879).

²¹ Un decreto provincial de julio de 1861 ordenaba el enrolamiento de todos los ciudadanos en la Guardia Nacional de Infantería. Todo ciudadano residente en la capital, ciudades y villas debía presentarse en la jefatura política de su departamento para ser enrolado en la Compañía de Infantería que le fuese asignada, y se reunirían cada domingo para hacer ejercicios correspondientes por dos horas. Ante la inasistencia, una circular posterior estableció penas para quienes no concurren cayendo la responsabilidad del cumplimiento de las mismas en los jefes políticos *Leyes y Decretos de la Provincia de Entre Ríos*, Tomo VII- 1856-1861, Biblioteca Instituto Ravignani.

²² Sabato, Hilda, (2012) *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp.148.

²³ La Guerra Oriental se desencadenó a partir de la invasión del caudillo colorado Venancio Flores al territorio uruguayo en 1863. El imperio del Brasil y los liberales mitristas (aunque el gobierno se mantuvo neutral por la vía diplomática) apoyaron a los colorados contra el gobierno de los blancos encabezado por el presidente uruguayo Bernardo Berro. Ya en el Uruguay V. Flores con la colaboración de la escuadra brasileña tomó el Salto y continuó con éxito la campaña militar logrando poner sitio a la ciudad de Paysandú a fines de 1864. La defensa de la ciudad, que no contaba con murallas, duró un mes, y nunca recibieron los auxilios que esperaban. Una tregua les permitió evacuar parte de sus pobladores a la isla de la Caridad de jurisdicción argentina. La violencia de los bombardeos desde el río y tierra destruyeron completamente la ciudad, aunque los pobladores resistieron heroicamente hasta caer derrotados por un ataque final de la escuadra brasileña el 2 de enero de 1865. Los oficiales rendidos fueron ejecutados y muchos blancos emigraron a Entre Ríos donde fueron bien recibidos. La derrota de los blancos y la toma de Paysandú conmocionó profundamente a los entrerrianos, la prensa y la literatura militante denunciaron el atropello, la impotencia y el descontento. Víctor Olegario Andrade lo hizo a través de su conocido poema “Paysandú”: ¡Sombra de Paysandú! ¡Sombra gigante que velas los despojos de la gloria!”... Sobre los federales disidentes y la Guerra Oriental ver Duarte, María Amalia, (1974) *Urquiza y López Jordán*, Buenos Aires, Editorial Platero, pp.57-68.

²⁴ Manuel Navarro a J.J de Urquiza, 5 de enero, 1865, Fondo Urquiza, AGN, Citado por Fermín Chávez (1957) pp.131-132 (archivada por error en fecha 5 de enero de 1864)

²⁵ Jose Ignacio Espíndola a J. J. de Urquiza, Montoya, 4 de agosto, 1865, Fondo Urquiza, AGN.

²⁶ Ídem.

Bibliografía

Baratta, Victoria, (2012) “La identidad nacional durante la Guerra del Paraguay. Representaciones, lenguajes políticos y conceptos en el diario La Nación Argentina (1862-1870)” en *Almanack. Guarulhos*, n.03, 1º semestre, p.82-98.

Bosch, Beatriz, (1959) “Los desbandes de Basualdo y Toledo”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5ª época, tomo 4, Buenos Aires; Universidad de Buenos Aires, pp. 213-245.

Bragoni, B y Miguez, E; (2010) *Un nuevo orden político, Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.

Chávez, Fermín, (1957) *Vida y muerte de López Jordán*, Buenos Aires, Ediciones Theoría. De la Fuente Ariel; (2007) *Los hijos de Facundo, Caudillos y Montoneras de la provincia de la Rioja durante el proceso de Formación del Estado Nacional Argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo.

De Marco, Miguel Ángel (1998) *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Planeta.

Duarte, María Amalia, (1974) *Urquiza y López Jordán*, Buenos Aires, Editorial Platero.

Halperin Donghi, Tulio, (1982) *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL.

Halperin Donghi, Tulio, (1985) *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Pomer, León, (2000) *Cinco años de Guerra Civil en la Argentina (1865-1870)*, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Ramírez Braschi, Dardo, (2004) *La Guerra de la Triple Alianza. A través de los periódicos Correntinos. 1865-1870*, Corrientes, Moglia Ediciones.

Sábato, Hilda, (2012) *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Schmit Roberto, (2004) *Ruina y resurrección en tiempos de Guerra*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

Schmit Roberto, (2008) “Poder Político y actores subalternos en Entre Ríos, 1862-1872”, Buenos Aires, *Anuario IEHS*, 23, pp.199-223

Schmit, Roberto, (2010) “El poder político entrerriano en la encrucijada del cambio, 1861-1870” en Bragoni, Beatriz y Míguez, Eduardo (coordinadores), op. cit, pp.121-145.

Schmit Roberto y Alabart, Mónica, (2013) “Cambio institucional y prácticas sociales en los orígenes del capitalismo rioplatense: Entre Ríos, 1860-1878”, *Revista Quinto Sol*, Vol.17, Santa Rosa, La Pampa. (Print ISSN: 0329-2665 Online ISSN: 1851-2879)

Victorica, Julio, (1906) *Urquiza y Mitre. Contribución al estudio histórico de la organización nacional*, Buenos Aires, J. Lajouane & Cía Editores.

Fuentes:

Correspondencia entre Urquiza, autoridades nacionales, jefes políticos, oficiales de menor rango de la provincia de Entre Ríos en Archivo General de la Nación, Fondo Urquiza, sala

VII, Archivo López Jordán, Academia Nacional de la Historia y Archivo Mitre, “Guerra del Paraguay”, Tomo II al V, Buenos Aires, 1911.